

Reseñas bibliográficas

Vargas Llosa, Mario (2018).

La llamada de la tribu. Lima: Alfaguara, 320 pp.

La llamada de la tribu es un sugerente conjunto de ensayos de nuestro premio Nobel Mario Vargas Llosa acerca de los pensadores liberales que lo forjaron ideológicamente. Comenzaré con una observación: la introducción me pareció un tanto sencilla, aunque motiva a leerse después de concluida la obra, a ver qué nuevas reflexiones nos suscita.

En las líneas de *La llamada de la tribu*, Vargas Llosa nos narra los azares que tuvieron que pasar pensadores de la talla de Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich August von Hayek, Sir Karl Popper, Raymon Aron, Sir Isaiah Berlín y Jean-François Revel, para mantenerse firmes en sus idearios relativistas, seculares y libertarios. La tarea no fue fácil, pues estos los colocaron en abierta confrontación con los paradigmas dominantes del siglo xx y la preeminencia, en las esferas académicas e intelectuales, de la idea de la predictibilidad de la historia, máxime si esta podía alcanzarse a través de los marcos teóricos del marxismo y el estructuralismo.

Tras la introducción, en la que repasa su propio discurrir ideológico y explica las razones de su alejamiento de experimentos socialistas, como la revolución cubana, debido a su naturaleza implacablemente totalitaria y a la absoluta ausencia de libertades civiles; y tras un primer capítulo sobre Adam Smith, un tanto trabado, debido a la manera como el propio Smith presenta sus ideas; se revela finalmente “el escritor”. Desde el segundo

trabajo, en el que trata la filosofía de José Ortega y Gasset, hasta el último, que dedica a Jean François Revel, *La llamada de la tribu* es una obra de un absoluto deleite estético, con magníficas reflexiones que se construyen sobre la base de acercamientos biográficos a los autores materia de estudio, para luego sumergirnos en las profundidades de su pensamiento y en los recovecos de su producción bibliográfica.

El hilo transversal del libro sugiere que la libertad, en su sentido más amplio, ha prevalecido sobre paradigmas totalitarios que anunciaban sociedades cerradas como lugar de llegada de la historia. Esta idea se revela con claridad y contundencia en el examen del texto de Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, que Vargas Llosa reseña con maestría. Sin embargo, desde sus particulares miradas, los siete autores escudriñados llegan a una conclusión similar; por eso, el Nobel los presenta como los autores que más influyeron en la maduración de su pensamiento político.

En otros pasajes de su texto, Mario dirige sus críticas a los principales representantes del giro lingüístico, quienes, según él, habrían complicado la filosofía al punto de alejarla del hombre, de la sociedad y de lo inteligible. En esa línea, Jacques Lacan, entre otros, es presentado casi como un farsante, cuyos galimatías lingüísticos están vaciados de cualquier sustancia. Por ello, la denuncia del narrativismo por Vargas Llosa nos ha llevado

a preguntarnos si acaso la *Llamada de la tribu* no es el esbozo de un nuevo paradigma filosófico, cimentado sobre sólidas bases libertarias y humanísticas.

Asoma una crítica quizá en exceso severa a los autores del entorno marxista, tal vez sin visibilizar que a mediados del siglo xx este corpus ideológico se encontraba plenamente vigente, por lo que influyó en muchos destacados filósofos de entonces, e inclusive en él mismo, tal y como lo reconoce en la introducción de su libro de ensayos. Este sesgo, que en realidad es una postura que anuncia explícitamente, se hace evidente en su crítica sin atenuantes a cualquier manifestación de la sociedad y el pensamiento, entre los siglos xix y xx, que provenga de la izquierda política e intelectual.

En esa línea, fustiga con dureza al infatigable marxista Jean Paul Sartre por insertarse laboralmente en el París ocupado por Adolfo Hitler; en cambio, es benévolo con José Ortega y Gasset y su vuelta a la España del "generalísimo" Francisco Franco, a transitar las dos últimas décadas de su vida. Asimismo, Vargas Llosa escamotea

cualquier aporte a las revoluciones juveniles de 1968 y a los ecuménicos cambios de horizontes y de mentalidad que, para nosotros, trajeron consigo.

Finamente, la idea central que nos deja *La llamada de la tribu* es que la libertad, ejercida como credo ideológico, y el neoliberalismo económico son dos conceptos muy distintos. En cada uno de sus ensayos, Vargas Llosa se esfuerza por levantar las banderas de los derechos civiles y humanos, la democracia política, la justicia social y la igualdad de oportunidades, sin los cuales ni el libre mercado ni ninguna franquicia económica lograrán el cometido de elevar al hombre a su más alta dimensión humanista y civilizadora.

La llamada de la tribu, de Mario Vargas Llosa, se perfila como una obra maestra. Los años, o las décadas, nos indicarán si señalará el camino hacia la construcción de los nuevos horizontes que pide "a gritos" la civilización occidental del siglo xxi, tan tendiente al pasadismo, al galimatías lingüístico y al consumo vacuo de la tecnología informática.

Daniel Parodi Revoredo
Universidad de Lima

Rojas, Rolando (2017).*La república imaginada: representaciones culturales y discursos políticos en la época de la independencia.*

Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 156 pp.

Debemos saludar la publicación del reciente libro del historiador peruano Rolando Rojas, no solo porque persiste en sus tópicos de siempre que, *grosso modo*, giran alrededor de la cultura popular y sus representaciones desde una perspectiva histórica, tal como lo demuestran sus anteriores trabajos¹, sino porque, partiendo de ellos, termina involucrándose en la época de la Independencia. Y al hacerlo logra matizar y superar consabidos debates y líneas argumentales, como aquellos que enfatizaron de forma maximalista el carácter conservador de la “clase dirigente” limeña, dando lugar a una independencia peruana fundamentalmente “concedida” (por los ejércitos rioplatenses y grancolombianos), antes que “obtenida” (por los propios peruanos). O aquella afirmación subsumida en la conclusión antedicha (o derivada de ella), que sostenía con unanimidad que el racismo criollo, especialmente el limeño, fue un ingrediente fundamental en la naturaleza de nuestra independencia y en el establecimiento de las bases subjetivas de la república inicial: un elemento que impidió pensar al Perú republicano como una colectividad nacional inclusiva.

Al explorar estas y otras temáticas, *La república imaginada* ha logrado alcanzar una gama de colores que permiten aprehender mejor estos años cruciales. Sin objetar completamente el contenido de las conclusiones aludidas, Rojas considera que, si bien el pensamiento conservador moldeó a buena parte de la elite criolla capitalina, hubo también un discurso y una praxis liberal que buscó la incorporación del indio a la nación y a la modernidad. Y no solo al indio, en tanto la plebe; esto es, los sectores populares urbanos compuestos mayormente de afrodescendientes, podría igualmente convertirse en ciudadana, aunque en condiciones subalternas. La educación pública y la prédica modernista serían los instrumentos catalizadores que harían posible la transformación gradual de indios y plebeyos en ciudadanos.

Es verdad que las fronteras que separaban a conservadores de liberales en estos años eran tenues y permeables, por no decir ambiguas, como cierto es también que

estos últimos no conformaron un grupo compacto y las discordancias entre ellos fueron comunes más allá de los elementos que los unieron; no obstante, el autor consigue establecer distinciones entre ambas corrientes de pensamiento alrededor de materias sensibles y controversiales, como la esclavitud, el sufragio y el racismo.

Sobre esta base, aunque desembocando también en temas conexos insertados en el devenir independentista (especialmente los años que corren entre 1820 y 1824), se despliega el trabajo de Rojas. Respaldo en una batería de fuentes diversas: periódicos, panfletos, decretos, relaciones de viajeros, entre otros, el libro se organiza en tres capítulos. El primero aborda lo que su autor denomina la “autorrepresentación” criolla, esto es, la manera como los criollos limeños se percibieron a sí mismos, no solo frente a los patriotas “extranjeros” que buscaban justificar su presencia en la capital peruana; sino, sobre todo, como grupo que por sus características (educación, conciencia política) se consideraba llamado a asumir la conducción del país. El eje de este se concentra en las disputas ideológicas y de poder que se suscitaron alrededor del papel de Lima, los limeños y los elementos “foráneos” en el proceso de Independencia, observando que los discursos generados de una u otra parte terminaron influyendo en el imaginario e historiografía peruanos.

El segundo capítulo se interna en el terreno de la representación criolla del indio, particularmente en las percepciones que tuvieron los liberales y en la forma como estos delimitaron el lugar de los indios en la sociedad. Partiendo de la idea de que fueron también “patriotas” y no solo fidelistas (al monarca), los criollos liberales elaboraron un discurso reivindicador “indigenista”, que buscó la integración de los indios a la nación y su conversión en ciudadanos; de ahí su defensa del sufragio para los analfabetos y, sobre todo, su convicción en el valor de la educación como instrumento de redención. Para Rojas, el origen de este discurso se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII cuando, desde el influjo de la Ilustración, se empezó a cuestionar la narrativa colonial de la inferioridad innata de los indios,

1 *Tiempos de carnaval. El ascenso de lo popular a la cultura nacional, Lima 1822-1922* (IEP, 2005) y en coautoría con Antonio Zapata, *¿Desigualdades desde siempre? Miradas históricas sobre la desigualdad* (IEP, 2013).

generando tensión y debate entre españoles americanos y peninsulares, especialmente en lo concerniente a la composición y liderazgo de la “nación”, en el contexto de la independencia. Por ello, los liberales criollos terminaron planteando una integración gradual y jerárquica de los indios; una incorporación en la que estos se “desindigenizaban”, dejaban de ser indios para convertirse en ciudadanos, de acuerdo con los parámetros ilustrados. El capítulo finaliza con una reflexión relativa al devenir del liberalismo en el siglo XIX republicano y a su dificultad para construir un discurso que revalore en términos positivos la cultura andina.

El tercer y último capítulo estudia la manera en la que los criollos liberales representaron a la plebe limeña. Rojas plantea que esta representación fue dicotómica. De una parte, los plebeyos resultan necesarios para la lucha Independentista y deben ser convocados; de otra, se les teme por su supuesto carácter transgresor y discoló, que los haría proclives al amotinamiento y al desborde. La cultura plebeya es objeto de crítica, entonces, y no solo por estas razones; por otro lado, se cree que una eficaz política educativa y de control social permitiría reformarla y modernizarla, adecuándola a los criterios liberales de civilización e integrando, de este modo, la plebe a la nación. Por ello, el capítulo finaliza con algunas reflexiones referidas a los proyectos educativos planteados por los liberales para intervenir en el mundo popular.

El libro de Rolando Rojas confirma que el Estado republicano inicial, cimentado en soportes teóricos liberales, recibió también la impronta de los discursos y representaciones que las elites criollas construyeron sobre los indios y los grupos plebeyos limeños. Ello, por cierto, no es una completa novedad, como tampoco lo son algunas de las aseveraciones a las que arriba el autor en cada capítulo. No obstante, hay elementos nuevos, siendo el más significativo quizás aquel que alude al

liberalismo “indigenista”, desarrollado por el sector más “progresista” de las elites limeñas, en tanto rebate la enraizada visión de que estas eran plenamente conservadoras y reaccionarias. No hay duda de que un sector de ellas fue así, pero no es menos cierto que buena parte de quienes apoyaron a San Martín y Bolívar y que, luego, terminaría distanciándose de ellos, se identificó con el liberalismo. Lo interesante, además, es observar, al menos en la retórica de los textos, las vacilaciones y devaneos de los criollos liberales con relación al papel de indios y plebeyos como actores políticos y potenciales ciudadanos.

¿Cuán genuino fue este discurso de incorporación y reivindicación, considerando las áreas difusas que separaban a los liberales de los conservadores? ¿Cuáles eran los límites que las elites liberales estaban dispuestas a proporcionar a los grupos subalternos respecto de la ciudadanía? Preguntas y dudas como estas invitan a reflexionar sobre otras de mayor alcance: ¿por qué las voces indigenistas contrarias a la deshumanización de las poblaciones originarias no perduraron? Para plantearlo de otra manera, ¿por qué la ofensiva conservadora que embargó a nuestras elites, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX, terminó imponiéndose? ¿El imaginario criollo respecto de la conducta y cultura plebeyas puede explicar por qué el discurso liberal —tal como lo advierte Charles Walker— no incluyó una retórica antiesclavista? Si la prédica ilustrada azuzó la idea de la construcción de un “hombre nuevo” también desde el matrimonio y la familia, ¿por qué la reflexión liberal de las elites criollas no abordó estos tópicos prácticamente?

Estas interrogantes, más que un demérito, no hacen más que reafirmar la importancia del libro de Rolando Rojas; un texto muy bien escrito, claro y ameno que tiene, además, la extraña virtud de navegar con éxito entre el contenido erudito y el manual de difusión.

Luis Bustamante Otero
Universidad de Lima

Garay Albújar, Andrés (Ed.) (2017).

Cusco revelado. Fotografías de Max T. Vargas, Max Uhle y Martín Chambi. Lima: Ibero-Amerikanisches Institut/Universidad de Piura, 191 pp.

Hace un par de décadas, despertó en nuestro país el interés por la historia de la fotografía, la producción mecánica de imágenes —daguerrotipos, *cartes-de-visite*, albúminas, tarjetas postales— y los usos de estos clichés en la construcción de los imaginarios y las narrativas contemporáneas sobre el pasado. Este “descubrimiento” de la fotografía histórica ha llevado a académicos, artistas, coleccionistas y entusiastas a interesarse por el hallazgo de nuevos fondos visuales en diversos repositorios públicos —museos, universidades, archivos, centros de documentación e investigación— y privados —colecciones familiares, ferias de antigüedades y tiendas virtuales—, a fin de reconstruir los orígenes de la fotografía en nuestro país, resaltando la obra de determinados artistas, exploradores y científicos, quienes, a partir de sus retratos o colecciones de materiales fotográficos diversos, han sido fundamentales en la elaboración de los imaginarios visuales sobre el Perú.

Cusco revelado es una iniciativa que responde a este estado de ánimo con respecto a la fotografía. De un lado, el libro aporta un conjunto de textos que reflexionan acerca de la construcción visual del “Cusco eterno” y, del otro, nos ofrece la oportunidad de acercarnos a los extraordinarios repositorios visuales y textuales que acopia el Instituto Iberoamericano de Berlín (IIB), un fondo escasamente explorado por los interesados en la fotografía histórica peruana.

A partir de la revisión de las colecciones especiales del Instituto, el libro editado por Andrés Garay integra cuatro artículos correctamente ilustrados con una nutrida selección de imágenes y textos elaborados por especialistas en la historia de la fotografía surandina. Además del editor, escriben Jorge Villacorta, Annika Buchholz y George Wolff (este último, director de las colecciones especiales del IIB). Así, los trabajos dan cuenta de un conjunto de imágenes que fueron fundamentales para edificar la narrativa visual y las representaciones del Cusco monumental; imágenes donde la piedra, expresada en la arquitectura incásica y colonial, se constituye en el elemento distintivo, al tiempo que los sujetos retratados —como elementos accesorios del paisaje— adquieren un carácter atemporal de acuerdo a los requerimientos de los agentes de comercialización de imágenes que, a inicios del siglo xx, expandieron el consumo cultural del Cusco a escala global.

El marco histórico en el que se producen las fotografías seleccionadas da cuenta del nacimiento de la imagen mecanizada del Cusco, entre las postrimerías del siglo xix y las primeras décadas del xx. Estos trabajos fueron producidos por tres figuras relevantes en la historia de la disciplina arqueológica y de la fotografía surandina: el etnólogo alemán Max Uhle, y los fotógrafos Maximiliano T. Vargas y Martín Chambi. A estos autores corresponden las series más importantes que el Instituto dispone sobre la ciudad del Cusco y su *hinterland*. Asimismo, el contexto sobre el que se desarrolla la reflexión de los textos es significativo, especialmente para el mundo cultural surandino. Tiene que ver con el inicio de la arqueología científica en el Perú, el “descubrimiento académico” del Cusco incásico y el nacimiento de las industrias culturales asociadas a la valorización del patrimonio monumental; en especial, el turismo.

La revisión de los textos y las imágenes presentados en el libro nos lleva a preguntarnos por la temprana producción visual del Cusco. Los autores, tal como han señalado investigaciones anteriores (López, 2004; Tresivan y Massa, 2009), concuerdan en reconocer la importancia de la publicación del diplomático y viajero norteamericano E. George Squier (1877); quien, al tiempo que recorría el territorio peruano a mediados de la década de 1860, tuvo ocasión de fotografiar distintos escenarios, costeros y serranos. Sus imágenes fueron luego reproducidas como grabados e incorporados en un libro póstumo. Obra que, para finales del siglo xix, había sido reeditada en diversas ocasiones, alcanzado una amplia difusión entre el público americano y europeo, y se había convertido en el referente esencial para una serie de científicos y fotógrafos que, más adelante, “exploraron” y retrataron la ciudad del Cusco.

El primer artículo de la compilación, elaborado por Andrés Garay y Jorge Villacorta, versa sobre la obra cusqueña del reconocido fotógrafo Max T. Vargas, el primer artista en asentar la imagen mecánica del Cusco monumental. Probablemente, el IIB posea la más importante colección de acceso público con materiales de Vargas, una vez que los archivos del fotógrafo han desaparecido. El Fondo Vargas del Instituto se divide en dos series: la primera incluye fotografías de Arequipa y el Cusco; la segunda corresponde a las postales ilustradas con motivos cusqueños, arequipeños, puneños,

paceños y del puerto de Mollendo, elaboradas a partir de las fotografías del autor. Se desconoce el año en que Vargas contrató la edición de su primera serie de tarjetas ilustradas, aunque debe corresponder a los primeros años de 1900. Y, al igual que otros empresarios dedicados tempranamente a la producción de tarjetas ilustradas en el Perú (G. Stolte, E. Polack, Orellana & Cía.), estas cartulinas fueron reproducidas en edición monocromática y coloreadas en imprentas alemanas.

Como bien señalan los autores, Max T. Vargas, fotógrafo arequipeño de larga trayectoria en esa ciudad, realizó un viaje a la ciudad del Cusco con motivo de una exposición departamental organizada por la Prefectura, en el año 1897. Esta ocasión le permitió, además de participar en el concurso artístico con motivo de la feria, hacer un recorrido fotográfico de la ciudad y sus alrededores. Siguiendo sus trabajos anteriores, Villacorta y Garay presentan a Vargas como el gran patriarca de la llamada "Escuela cusqueña de fotografía", estableciendo, de alguna manera, los motivos y los escenarios que serán luego retomados por sus sucesores; entre ellos, el propio Martín Chambi. A medida que avanzaba el siglo xx, estas imágenes representaron un correlato visual a la transición que le significó al mundo letrado cusqueño reemplazar sus sueños de modernización y progreso, hasta entonces proyectados sobre el Oriente amazónico, por la puesta en valor de su herencia y patrimonio arquitectónico incaico y colonial.

El segundo texto de la dupla Garay-Villacorta nos introduce a la producción fotográfica de Martín Chambi. Son numerosos los trabajos que, en las últimas décadas, se han dedicado a la obra del artista de origen puneño. En estas se ha insistido en la importancia que ha tenido su producción visual de carácter regionalista, su sensibilidad artística y su vinculación con el indigenismo pictórico. Temas sobre los cuales, por cierto, los autores han trabajado con anterioridad. En este texto, se destaca el conjunto de imágenes recogidas por el etnólogo alemán Walter Lehmann durante su paso por Cusco hacia 1929, documentos que hoy integran los fondos del IIB. Estos clichés evidencian el interés que el coleccionista mostraba por la monumentalidad arquitectónica del Cusco (la Colección Chambi del Instituto contiene treinta fotografías de Machu Picchu y diez de la arquitectura granítica de la ciudad); mientras que, al parecer, no mostró mayor interés por el resto de la producción fotográfica del artista, en la que resaltan imágenes con motivos étnicos, folclóricos o indigenistas.

La visualización de Machu Picchu en el lente de Chambi es el motivo que se resalta en la selección de las

imágenes que los autores han elegido para la publicación. Estas corresponden a alguno de los dos viajes que el fotógrafo realizó al centro arqueológico en la década de 1920 (en los años 1924 y 1928). El valor de estas imágenes, tanto para el fotógrafo como para el coleccionista, dan cuenta del lugar protagónico que Machu Picchu había alcanzado dentro la narrativa incásica y monumental del Cusco, así como el esfuerzo de Chambi por integrar estos materiales al resto de su producción artística, de carácter regional y andinista. Asimismo, la reproducción comercial de los clichés de la ciudadela incaica le permitió vincular su trabajo fotográfico a la naciente industria turística surandina, merced a la edición de tarjetas postales ilustradas.

El texto de Annika Buchholz, "Pasado y presente entrelazado: el Cusco en la mirada del científico alemán Max Uhle", es un reconocimiento al valor del legado y obra académica de este peruanista germánico. El texto se propone destacar, más allá de la reconocida labor arqueológica de Uhle —expresado en sus excavaciones, hallazgos y colecciones de piezas, luego incorporadas a museos en Estados Unidos, Alemania y el Perú—, los usos de la fotografía para satisfacer la mirada científica y los afanes de objetividad que exigía el quehacer académico a finales del siglo xix, "entronizando" la cámara como un instrumento fundamental de todo trabajo de campo. Para Uhle, el valor de la fotografía no se restringía a la tarea de ordenamiento y clasificación de las piezas, sino que se concebía como una herramienta que legitimaba la tarea científica del arqueólogo —sin olvidar el afán con el "descubrimiento" de los vestigios—, además de favorecer la circulación de los nuevos hallazgos a través de las publicaciones ilustradas.

La autora revisa los cuadernos de campo y la correspondencia de Uhle, que forman parte del legado que resguarda el IIB. A partir de estos exquisitos documentos, se destaca la importancia que Uhle otorgó a la fotografía y el ejercicio permanente de aprendizaje de esta nueva tecnología. Innumerables anotaciones dan cuenta de sus experimentos con la cámara, las placas y los insumos de reproducción, proceso de aprendizaje que abarca todo el período de su estancia en el Perú: "En estas minuciosas anotaciones detalló el día, la hora, el tipo de placa, los ajustes del obturador, el tiempo de exposición y las condiciones lumínicas" (p. 72). Para inicios del siglo xx, cuando Uhle desarrolla su experiencia fotográfica en el Cusco, el etnólogo se había decantado por las posibilidades que ofrecía el aparato Kodak, desarrollado por la compañía norteamericana Eastman. Asimismo, como bien señala la autora, Uhle mantuvo correspondencia con profesionales

y entusiastas de la fotografía, a quienes describió sus avances en el manejo de la cámara y el revelado de los negativos, al tiempo que solicitaba consejos a fin de mejorar sus habilidades fotográficas.

En este sentido, está aún pendiente el estudio de las redes académicas y amicales que Uhle construyó luego de varios años de estancia, siempre interrumpida, en la costa peruana; especialmente entre los miembros de la colonia alemana en Lima. Fuera de las vistas que tomó, un conjunto de imágenes, entre fotografías y tarjetas postales, fueron incorporadas a sus diversos álbumes que luego terminaron en los fondos del IIB. De ellas se desprende su cercanía a algunos miembros de la comunidad alemana y filogermánica en la capital del país, quienes luego jugaron un rol fundamental en la producción y circulación de imágenes sobre el Perú de inicios del siglo xx, entre ellos Charles Kroehle, Eduardo Polack, Guillermo Stolte o Carlos Tinning.

Luego de una larga estadía en Lima y algunos pueblos costeros, dedicado a excavaciones en distintos yacimientos prehispánicos, Uhle realizó tres viajes cortos al Cusco (1905, 1907 y 1910), en los cuales produjo diferentes fotografías de la ciudad y sus alrededores. Los motivos reproducidos en las imágenes expresan el interés primordialmente arquitectónico de su experiencia fotográfica. La monumentalidad incásica es dominante en los clichés y si bien hay individuos fotografiados, estos no hacen más que complementar el foco de atención centrado en la peculiaridad arquitectónica cusqueña. Al igual que sus contemporáneos, norteamericanos y europeos, la imaginación visual de Uhle está fuertemente influenciada por la lectura de cronistas de los siglos xvi y xvii y, por supuesto, por el libro de E. George Squier. Además, para la década de 1900, ya existía en Lima una importante circulación de postales ilustradas que habían venido resaltando la monumentalidad incásica y colonial de la ciudad del Cusco—algunas de las cuales podemos ubicar en los álbumes organizados por el propio Uhle— que debieron haberlo influido al momento de seleccionar las vistas que posteriormente fotografió.

Por último, el texto de Gregor Wolff nos ofrece un acercamiento general a los documentos textuales y visuales que resguarda el Instituto Iberoamericano de Berlín, señalando las iniciativas llevadas adelante por la institución, a fin de poner en valor y facilitar el acceso de los investigadores y público en general a los espléndidos materiales que, en el caso de fotografías, está compuesto por un fondo de cerca de cien mil imágenes en diverso soporte (placas de vidrios, diapositivas,

negativos, tarjetas postales, *cartes-de-visite*), muchas de ellas referidas, específicamente, al territorio y población peruanos. Materiales de gran importancia para la reconstrucción de la historia de las relaciones académicas entre el Perú y Alemania, los imaginarios europeos sobre el Perú y, por supuesto, la construcción visual del “Cusco eterno”. En este sentido, cabe destacar que el IIB ha digitalizado un conjunto de negativos en vidrio de la colección Uhle, materiales hasta entonces no disponibles para el público. Esta transferencia de información, de un objeto físico a uno digital, permite que hoy los usuarios puedan acceder a estos materiales a través de los servidores virtuales del instituto.

Wolff presenta una sucinta descripción de la riqueza de los fondos, compuesta por colecciones recogidas y producidas por viajeros, científicos, comisionados y agentes privados alemanes (Max Uhle, Eduard Selser o Walter Lehmann, entre otros). También, anima a ofrecernos entradas de investigación que surgen de la revisión de estos fondos: desde el coleccionismo y la ilustración de la riqueza natural, los proyectos de modernización material y dominio territorial, las diversas descripciones y clasificaciones que las ciencias sociales constituyeron acerca de las diversas sociedades humanas, además de dilucidar la economía visual surgida de la producción, circulación, selección y manipulación de las imágenes por diversos proyectos editoriales, en el Perú como en el extranjero. Temáticas complejas y todavía poco exploradas, una vez que el interés de los investigadores se circunscribe, por lo general, al contenido etnográfico de las fotografías y la importancia de los coleccionistas y fotógrafos más destacados, como es el caso de Max T. Vargas, Max Uhle y Martín Chambí, justamente los tres autores seleccionados para esta publicación.

En conclusión, el texto cumple con el objetivo de acercarnos a la construcción de las tempranas narrativas visuales del Cusco imperial, pétreo e incásico, consolidadas una vez que el desarrollo de la fotografía logró producir y circular imágenes de los vestigios monumentales de este pasado idealizado. Al mismo tiempo, nos acerca al mundo académico y al coleccionismo germánico, espacio de producción y divulgación científica del cual los peruanos hemos estado ciertamente alejados, planteándonos una serie de posibilidades de investigación a partir de la revisión de los fondos del Instituto Iberoamericano de Berlín y demás repositorios académicos alemanes.

Juan Carlos La Serna
Universidad de Lima